

¡Alá U Akbar!

La increíble historia de Matías Ignacio Echeberría en la Corte del Guardián de la Sublime Puerta

Quizá sea porque lo he hecho poco, pero cuantas veces he viajado al extranjero me he encontrado con alguien de este pueblo: París, Roma y Londres son los que ahora mismo recuerdo. Esta vez tenía la impresión de que no iba a ser así porque el agotador periplo de novios al que llaman impropia- mente luna de miel me había llevado a Estambul. Las cosas no salieron como era de esperar. Había un temporal del demonio, llovía sin cesar y el termómetro no subía de los diecisiete grados, estando a finales de julio. La mañana de aquel día, el único de una brevísima estancia, la pasamos atrapados por las artimañas de un codicioso guía, comisionista del Bazar, que nos aburrió con un sinfín de chistes malos, cantos al desarrollismo trasnochado, etimologías fantásticas y divagaciones históricas que la guía Michelin dejaba en sus justos términos. El recorrido por la explanada que ocupa el hipódromo romano, la Mezquita Azul y Hagia Sofia, fue meteórico; más bien nos metimos en una lluvia de meteoritos, tal era la nube de chiquillos y pedigüeños que te salían al encuentro y terminaban acompañándote en arrebatina hasta la taquilla de los monumentos.

Al entrar en la mezquita de Sultanahmet, también llamada Azul por el color que en origen predominara en los azulejos de su bóveda, como la obligatoriedad de descalzarse para entrar y poner los pies húmedos sobre aquel alfombrado de hilachas me provocó los mismos reparos que una piscina pública, di los primeros pasos vacilantes y cómicos con el lado externo de las plantas. Dentro, la luz atenuada del día, la desnudez de los paramentos, los versículos ininteligibles y el color desvaído dieron como resultado una cúpula inmensa, oscura, que me hizo pasar de la admiración inicial al aburrimiento en pocos minutos. No sé si facilita el recogimiento de los fieles, pero con tanta monotonía no hay necesidad de estrujarse las cervicales buscando violentos escorzos y efectos arquitectónicos, sencillamente no hay muchos lugares sobre los que posar la mirada.

Discúlpeme porque lógicamente no he venido a estas páginas para esbozarles un episodio de mi viaje, ni para hablarles del mal tiempo que hacía en Estambul, ni mucho menos de la pobre impresión que me causó el recorrido matutino a manos,

sería más correcto decir a empujones, de un guía obsesionado por llevarnos a una fábrica de alfombras, verdadero objetivo de la excursión, por la que habíamos pagado una suma nada desdeñable de dólares. Lo que me hace evocar este episodio es lo que vi fugazmente en la mezquita y lo que pude averiguar esa misma tarde. No sé si es una constante o una fatalidad, pero en este viaje también un paisano se me cruzaba. En fin, intentaré limitarme a los hechos como recomiendan los policías y los abogados en las películas.

Pagando una entrada adicional y olvidado ya de los reparos iniciales ante la poco halagüeña aunque muy plausible probabilidad de coger un pie de atleta, me uní a un pequeño grupo para subir hasta la linterna de la cúpula. Se ascendía por una rampa circular como de metro y medio al comienzo, para convertirse en una escalera menguante que al final te obligaba a subir de espaldas a la pared curva de la media naranja. Gracias a esta postura descubrí que el muro de enfrente, a pocos palmos, estaba cubierto de placas, epitafios funerarios de personajes ilustres que de un modo u otro habían estado vinculados al Guardián de la Sublime Puerta. Entre ellas, una captó mi atención por ser de las pocas no escritas en árabe y que transcribiré más adelante. La primera idea fue tomarla por una alucinación, porque el ascenso había sido fatigoso y el aire, húmedo y escaso, se lo adjudicaban con fruición estertórea mis compañeros de aventura, genuinos representantes de esa tercera edad norteamericana que pasea sus gorduras ociosas por medio mundo. Estaba al borde de la lipotimia. Memorice el texto, breve, y más tarde comprobé que no lo había imaginado.

¡Ala u akbar! ¡Dios es grande! dije sin quererme reprimir saliendo al balconcillo de la linterna, desde donde la ciudad, viejas casas entremezcladas con edificios modernos que algún día fueron nuevos, por efecto de la bruma espesa y de la lluvia se confundía con el mar dando al paisaje un aire triste y decadente. Abajo, el puerto, a nuestras espaldas el Cuerno de oro. El descenso resultó más rápido, incómodo y a un tiempo divertido, entre ayes y maiguds los americanos resbalaban. La tan anunciada fábrica, en realidad tienda, ocupaba un edificio de una calle céntrica. Allí estuvimos nuestras buenas dos horas tomando café turco, orujo,

té y refrescos, mientras desplegaban ante el regocijo un poco beodo de la mayoría alfombras multicolores de todo tipo, con no sé cuantos nudos por centímetro cuadrado, de algodón, de lana y de seda. En la muestra se mezclaban la mercadotecnia y la vieja hospitalidad oriental, por una cantidad despreciable creaban los vendedores una atmósfera relajada, y con la euforia de las infusiones los clientes se animaban a la compra. Era digno de admirar el colorido y la armonía de los diseños, como lo era también el gesto ansioso del guía cuando alguien se mostraba interesado pero dubitativo ante algún ejemplar raro de alto precio; entonces encorvaba los hombros, estiraba el gesto y en tono bajo, confidencial, arrastrando las eses y aspirando las vocales como si fuesen monedas huidizas de su comisión, repetía las condiciones ventajosas de pago y las garantías de la casa, con delegaciones por toda Europa.

En pleno aguacero salimos corriendo calle abajo como niños al patio tras las tediosas mañanas de colegio. El grupo se dispersó con la carrera y con las indicaciones del guía en la cabeza cada cual llegó como pudo, calado por completo, hasta el Bazar. Hecho a base de calles cubiertas longitudinales y transversales, estrechas, abovedadas, con las tiendecitas a ambos lados, recordaba un enorme mercado de abastos. En los escaparates, iluminados con sinnúmero de wátios, brillaban las superficies bruñidas de los bronces, el oro, los esmaltes y las baratijas. Los vendedores, siempre hombres y muchas veces niños reclamaban la atención del turista con llamadas en inglés que, si no surtían efecto, pasaban inmediatamente al alemán, al francés, al español, y entonces al Real Madrid o al Barça. Nunca pensé que además de las lenguas vernáculas poseyéramos otras dos tan universales.



Un poco fatigado por la insistencia machacona de los vendedores y casi nada interesado por lo que vendían, artesanía industrializada, productos coreanos y japoneses, seguía dándole vueltas a la inscripción que viera hacía tan sólo unas horas. Tras la comida en un bello restaurante situado en una villa *Nouvel Empire*, comida mala, vino agrio y sin café, nos dirigimos al mítico palacio de Topkapí. Situado en un alto y rodeado de murallas, se accede por un amplio paseo adoquinado entre dos hileras de árboles enormes y frondosos. Desde la explanada de los autobuses y hasta el control de seguridad, una nube de chiquillos y ancianos rodean al turista ofreciéndole tarjetas postales, flautas, alfombras,... y si no se da nada al menos una limosna, que la mucha necesidad y los no menos idiomas que dominan, siquiera en expresiones hechas, bien lo merecen.

Bajo la atmósfera gris el palacio se mostraba herrumbroso, desvencijado, las fachadas llenas de churretones como enormes lágrimas de llanto por el esplendor perdido. Las salas de exposiciones apestabán a humedad y a la humanidad de los visitantes, boquiabiertos, embobados ante las colecciones de joyas magníficas, rutilantes zafiros, diamantes, rubíes, esmeraldas,... en abundancia, las mayores del mundo, ya en solitario, ya engastando los objetos más absurdos como asientos de viaje o rascadores. En fin, era tal la concentración de oro y piedras preciosas, expuestas de forma tan ramplona que, en lugar de un museo las vitrinas recordaban los escaparates abarrotados de las tiendas de ofertas. Gruesos o delgados, ruidosos y semidesnudos ciudadanos del primer mundo se afanaban por retener tanto oropel en la retina mecánica de sus videocámaras, alargando el brazo por encima de las demás cabezas si era preciso, como si necesitaran captar imperiosamente hasta el último detalle de cuanto deberían haber visto, y que no verían sino hasta llegar derrotados al hotel. Entonces, los podemos imaginar sobre el borde de la cama, con el ceremonial de un científico en su laboratorio acercando el ojo al visor para contemplar en su microscopio las maravillas del turismo, entre comentarios en voz alta y preparativos de las visiones familiares o con los amigos, al regreso. Los nacionales y turistas árabes, más recatados en el vestir y parcos en sus expresiones, me hacían pensar en cómo sería la España de los cuarenta. Muchas mujeres tocadas con el *chador*, cubiertas por completo, sumisas, calladas, unos pies por detrás de los varones recordaban los años de la mantilla. Atentos, respetuosos, lo miraban todo con dignidad un poco ceremonial, había incluso quien con miradas de soslayo y algún comentario ininteligible protestaba con discreción de los indecorosos rostros pálidos. Sin embar-



go de tanto miramiento de aquella túnica surgía una cámara de vídeo, algún zaino se afanaba por acallar el timbre escandaloso de su teléfono portátil, o tal cual niño se concentraba más que en la visita en su *Gameboy*. Por encima de fanatismos religiosos y de colores, está el afán de comprar y poseer. Creo que un zoco o un gran almacén, que al caso son lo mismo, sería el escenario cínico pero real de la paz entre los pueblos. Desde aquellos tiempos del *panem et circensis* a éstos de hipermercado y fútbol ha ocurrido de todo, pero se ha cambiado bien poco.

Apenas me llevó tiempo la visita y más que del brillo, me queda el recuerdo de una sala dedicada a objetos personales del Profeta, girones de tela, cachabas de dudosa antigüedad, trozos de hueso, algún molar, una bacía y otros objetos de relicario. Además del mercado, el gusto por coleccionar fetiches y los más insospechados vestigios de anatomía, también une a los pueblos a través de sus religiones. Quizá, si los sumos pontífices de todas las religiones, al menos de las principales, concelebraran un gran congreso que incluyera intercambio de reliquias, aguas, polvos y otros cachivaches del culto, estaríamos más cerca de la paz ecuménica. Seguro que en más de un templo hindú acogerían gustosos a un gallo, descendiente lejano del de Santo Domingo, aunque ya me costaría más imaginar a la grey circumspecta en misa de doce con un montón de ratas correteando por el templo, como acostumbran en la India. Volviendo a lo que estaba, todavía pude toparme con más curiosidades y elementos de encuentro. En un ángulo de la sala vi una capilla acristalada donde se lee el Corán ininterrumpidamente. Como en el rosario perpetuo, un *ulema* sucede a otro desde hace cientos de años, leyendo las escrituras en un tomo que al parecer perteneciera al Profeta.

Apurado por la naturaleza llegué hasta los urinarios públicos, que en estos países no hace falta preguntar por ellos, hasta el olfato más perezoso los detecta a distancia. Lo mejor no fue con todo el alivio sino la puerta de al lado, alta, un poco abombada y de doble hoja con un rótulo de biblioteca. Con el cuidado y gesto contenido de la mano con que se giran los picaportes cuando no sabemos, pero adivinamos, que al empuje de la hoja le va a acompañar un fuerte chirrido, el quejido lastimero que alerte a los de adentro, penetré en una sala amplia, diáfana, de paredes grises y altos techos sostenidos por columnas de hierro colado rematadas en hojas de palmera. En la mitad izquierda, del lado de unos amplios ventanales cuatro o cinco mesas corridas, con sillas de madera, sobre las que pendían grandes fluorescentes. A la derecha, un armario vitrina ocupaba

por completo la pared de la sala. Tras los cristales, casi todo vacío, algunos tomos de distintas clases y tamaños, entelados de color granate, los más en rústica amarillentos de la humedad y del sol, colecciones en cuero marrón y negro,... Algunos lomos, de aspecto antiguo, presentaban caracteres cirílicos, otros en árabe, alguno en francés y en alemán. Se trataba de enciclopedias, clásicos griegos, los más tratados de teología e historia de las religiones y algún que otro atlas y tal cual diccionario. Al fondo, sobre una tarima, un pupitre, sobre él un ordenador y detrás una puerta entreabierta.

Mientras curioseaba los títulos deslizándome silencioso sobre el suelo embaldosado de aquella sala que se diría paralizada años atrás y tan familiar en cambio, una voz suave de mujer me espetó cantarina: *Good evening, sir. Can I help you?* Sorprendido acerté a balbucir en un inglés torpe si estaba abierta al público. Era una mujer menuda de cuerpo, como de treinta años, cara agradable de rasgos finos y armoniosos, como su voz la expresión alegre, tras unas gafas marrones de pasta que no podían apagar el atractivo de unos ojos cargados de misterio. Me hizo saber que no estaba abierta al público, sino sólo a los investigadores acreditados, por tratarse de la valiosa colección que legara un visir del siglo XIX cuyo nombre no fui capaz de memorizar y que no estaba, *of course*, en aquellos anaqueles, sino en un depósito acondicionado tras la puerta del fondo. Lo que yo había visto era la biblioteca auxiliar. Escudado en mi condición de historiador y tras insistir un poco se avino a realizar alguna búsqueda en el ordenador, pues ni aun siendo extranjero era posible entrar en el depósito, del que llegaban algunas voces masculinas, posiblemente de los ordenanzas.

Como ya habrán adivinado por el título de este artículo, lo que había visto en la mezquita de Sultahmet era la lápida mortuoria de un tal Matías Ignacio Echeberría, personaje renteriano tras cuyo rastro llevaba varios años infructuosamente. Por el apellido escrito con che, con uve, nada, cero referencias, lo mismo por Rentería, Guipúzcoa y España. Cuando ya había iniciado una sonrisa obsequiosa de despedida, Yaitzé Gunei, la bibliotecaria, tal es el nombre que entendí en las presentaciones, aunque dudo de haberlo transcrito correctamente, sugirió hacer una búsqueda más genérica. Como había muchos libros y manuscritos en idiomas europeos introdujo un críptico **spa**, solicitando con ello al sistema todos los títulos que tuvieran al menos una palabra que contara con las tres letras seguidas, como podía ser *Espagne, Spain o Spanien*. El resultado,

treinta fichas, fue pasando por la pantalla hasta que la número veintiuno mostró lo que buscaba. En efecto, había vuelto a cruzarme con mi paisano y, lo que es mejor, con sus escritos. La ficha describía el material del siguiente modo, obviando su traducción al turco: *Le triomphe de la sagesse, dédiée a la memoire inmortelle de l'incomparable Mathieu Ignace Etcheverrya, dit Ibrahim Matí el Cherif Ibn al Yamahiri, naturel du royaume de l'Espagne, composé par son très humble serviteur Jean François Marie Desiré Tusekebubulé, naturel du royaume de l'Ivoire, avec le recueillement des écrits du dit seigneur.* Manuscrito en un tomo de cuatrocientas doce hojas de papel y fechado en 1738.

Me considero en deuda con aquella amable bibliotecaria por haberme permitido consultar el volumen, aun no teniendo los permisos exigidos, y por haberlo hecho tan rápido, sin el retraso ceremonial e ineludible de toda biblioteca con fondo antiguo: en menos de hora y media, el tiempo disponible hasta el fin de la visita, debatiéndome entre la obligación de avisar a mi media naranja y la no menor de leer lo máximo. Nervioso, sin nada para escribir, con unos folios y un bolígrafo prestados, las manos sudorosas y las pupilas, supongo, dilatadas, con ansiedad alucinada, me puse a devorarlo. En el tomo había varias cosas chocantes, mejor dicho hay porque espero que aún exista y me envíen el microfilm para poder publicarlo completo y debidamente anotado. Como les decía, hay en el tomo varias cosas chocantes, la primera es la encuadernación, que habiendo sido realizada a miles de kilómetros de distancia y contra lo tradicional allí, es del estilo conocido como encuadernación a la española. Con las pastas de cartón cubiertas de pergamino con lengüeta y cierre de botón. La segunda es que el anunciado triunfo de la sabiduría no es sino la biografía ciertamente azarosa del tal Juan Francisco, un negro del África occidental vendido como esclavo en las Antillas, quien tras un ataque de la armada española fue llevado como botín a Cádiz por el navío Nuestra Señora de los Ángeles, para terminar años más tarde como esclavo de los mamelucos tras haber servido en los jesuitas de Burdeos, quienes le proporcionaron a cambio la doctrina, algo de gramática francesa y un poco de contabilidad. En fin, la tercera curiosidad es que a partir de la página cuarenta y tantos en que acaba inconcluso el susodicho triunfo de la sabiduría, comienza lo que bien podría considerarse una recopilación de escritos y anotaciones de Ibrahim el Matí, que no fue otro sino Matías Ignacio Echeberría, del que daré noticia, así como resumen de las anotaciones incompletas que pude coger a vuela pluma.

Matías Ignacio vino al mundo un veinte de febrero de mil seiscientos noventa y seis en la casa familiar y cabeza del mayorazgo del mismo apellido, situada junto al arrabal y puerto de la villa de Rentería. Segundo hijo de don Juan Domingo Echeberría y doña Catalina Olascoaga, fue bautizado al día siguiente en la parroquial por el vicario Antonio Ambulodi, siendo padrinos su tío paterno don Sancho y su esposa Magdalena Basabe. El padre, Juan Domingo, se destacaría pocos años después, en noviembre de 1700, en la defensa de Fuenterrabía entrando al mando de cuatrocientos naturales de la provincia, y tres años más tarde en el asalto a la fortaleza de Badafoz en Portugal. Su tío y padrino fue aún más célebre por sus servicios de armas. Caballero del hábito de Santiago, maestre de campo y gobernador de Peñíscola, según refiere Gamón. El marqués de San Felipe, don Vicente Bacallar y Sanna, en la *Historia de las guerras de Felipe V el Animoso*, tomo I de la reimpresión de Madrid de 1776, relata que habiendo tomado partido por el austríaco Cataluña, Valencia y Aragón durante la sucesión al trono de España tras la muerte de Carlos II el Hechizado; el proclamado rey Felipe, quinto de este nombre, tan sólo tenía tres plazas adictas en dichos reinos, Rosas, Peñíscola y Jaca respectivamente. Corriendo el año de 1706 y la guerra por toda la patria don Sancho Echeberría era gobernador de la guarnición e isla de Peñíscola. Rodeado de enemigos y teniendo aun entre los pobladores muchos parciales del archiduque de Austria, pronto se vio sin víveres por lo que armó como pudo una fragata a corso y con las presas que hizo socorrió sus necesidades de víveres y municiones. Con esta y otras estratagemas pudo rechazar con escasa guarnición los ataques del inglés Peterbourg y del conde de Cifuentes, que acometieron la ciudadela por mar y tierra con gran copia de medios y de hombres.

Sin embargo de una tradición familiar tan volcada en los asuntos de armas nuestro buen Matías mostró desde niño inclinación inequívoca por los estudios, lo que le llevó a ingresar a los ocho años en el internado de los jesuitas en Burdeos, donde se le despertó una vocación firme y determinada por abandonar el siglo abrazando la Cruz de Nuestro Redentor en los hábitos de San Ignacio, según sus propias palabras. En 1712, cuando contaba dieciséis años y había flaqueado sus voluntad ascética decidió abandonar sus estudios y emprender viaje a Peñíscola, donde su tío el gobernador don Sancho le aguardaba con la esperanza de insuflarle ardor guerrero y afición por las armas. Tomando por criado a Jean François Marie Desirée, y bajo la protección del no menos marcial santo del día treinta de mayo San Fernando, embarcaron en la

fragata *Hannelore* en ruta de Amberes a Barcelona con escalas en Burdeos, Lisboa y Cádiz, llevando cargamento de telas, especias y cobre. Tras nueve días de navegación con buena mar y vientos favorables, la presencia de unos corsarios ingleses a la vista de la bahía gaditana les obligó a virar el rumbo hacia el norte de África, pero ni la maniobra ni la pericia de la tripulación sirvieron para ponerles a salvo. En la madrugada del diez de junio tras una noche de escaramuzas, desarbolada, con una vía de agua en la sentina y las bombas quebradas en el esfuerzo, la fragata con su tripulación, mercadería y pasaje se rendían a los pies de Reginald O'Connor, capitán de la Marina británica armado en corso. Cuando ya anochecía y una vez reparadas las averías del casco fue llevada la *Hannelore* en ataje hasta el puerto de Asilah, al sur de Tanger, donde Muley Abdsulem, gobernador de la plaza, la compró con todo su contenido.

Poco tiempo permanecieron en Asilah. Tan pronto tuvo noticia el gobernador de la elevada preparación de nuestro compatriota, -quien a pesar de su edad era versado en filosofía, astronomía, historia de las religiones, con un perfecto dominio del francés y el latín, además del castellano y el vascuence- lo envió junto a su criado como presente al general Sidi Mahomet Mousa Abdalla. El tal general no era sino el jefe de una tribu del Atlas, que por cuenta del Imperio Otomano tenía revuelta la cordillera y medio Sahara con sus continuas correrías, evitando así que fraguara el proyecto del sultán de Fez por erigir un gran imperio marroquí unificado desde Tánger hasta Bengasi. Mas como quiera que el bronco insurrecto no encontraba utilidad directa en tan refinado y docto presente, los reexpidió con el tributo acostumbrado a Estambul, a la mayor gloria del Guardián de la Sublime Puerta, el Magnífico Suleyman Ahmet Hagi Ali Ebn Ottoman.

Disculpen por la forma telegráfica del relato y los muchísimos detalles, descripciones y curiosidades que omito, pero durante mi acelerada lectura del manuscrito preferí tomar notas más detalladas en aspectos directamente vinculados con la historia más antigua de nuestro pueblo. Más adelante, cuando reciba los microfilmes se lo ofreceré íntegro. Como iba diciendo, pasaron cerca de veinte jornadas por tierra y desierto desde Asilah hasta Alejandría y desde aquí en barco hasta el antiguo puerto de Pera en cuyas eminencias se eleva el palacio de Topcapi, sede del emperador de los otomanos. En dependencias del complejo palaciego permanecieron algún tiempo ociosos y bien alimentados, sin otro deber que contestar a los interrogatorios de ciertos funcionarios, cuya finalidad era recabar datos personales como el origen,

edad, formación, ocupaciones, habilidades,... con los que elaborar un perfil de idoneidad antes de asignarles destino. El cual no se conocería hasta la festividad del Mahtzén.

En tal día se celebraba la magnificencia del sultán y su ubicación en el calendario era un tanto aleatoria, dependiendo del remanente de esclavos, animales, armas, pedrería y metales preciosos que hubiera en palacio para obsequiar a sus más leales servidores. Aunque esto cambiaba de un monarca a otro, lo habitual era reservar un diez por ciento de los regalos recibidos. Cuando el Consejo de los Doce Califas, suerte de mayordomía colegiada, consideraba que había *stock* suficiente y acorde con la grandeza del sultán convocaba la festividad. Ese día, que había de ser viernes y no del mes de Ramadán, a la salida de la oración vespertina, con toda pompa y oropel se dirigía la corte hasta los jardines de palacio. Una vez allí y asentado el monarca en toda majestad un califa del Consejo leía en voz alta los nombres de los afortunados y los méritos por los que eran recompensados, al tiempo que sobre parihuelas llevadas a hombros por esclavos nubios, se les acercaban los presentes.

Matías Ignacio tuvo fortuna, pues dados sus conocimientos fue entregado en compañía de su sirviente a Yaacub Miselad el Bahar-Kulla, noble originario del Alto Egipto donde fue Visir durante muchos años y comisionado en las negociaciones de la paz firmada entre el Turco y Su Católica Majestad Carlos II en el año de 1687. Era Yaacub hombre avanzado en años y en conocimientos varios. Doctor en la ley coránica, era muy ducho en otras religiones, así como en historia y geografía. Poseía una biblioteca con más de veinte mil volúmenes, donde se reunían rollos de papiro en hebreo y en indescifrables jeroglíficos, tablillas de barro cocido en arameo, *tabulae caerate* romanas, códices cristianos ricamente iluminados e impresos, miles de volúmenes impresos procedentes de todo el mundo. Siempre que los destinos diplomáticos y políticos de su señor le permitían regresar a Estambul, Matías Ignacio dedicaba todo el tiempo que podía a investigar y a aprender en ese magnífico fondo: los misterios de la cábala, el libro de los muertos, los arcanos de la astrología y de la alquimia, las religiones más asombrosas,... Y cuando estaba fuera, en algún destino, sus quehaceres consistían sobre todo en buscar y adquirir más libros, aparte de animar con su erudición las tertulias que Yaacub organizaba.

Como ya he dicho, los manuscritos de nuestro compatriota son muy variados por la temática que abordan, de manera especial el relato de sus viajes, los tipos que fue conociendo,... sin embargo, hay

algunas notas dispersas con las que quizá pretendiera algún día redactar unas curiosidades históricas de la tierra que le viera nacer, extraídas de las fuentes más insospechadas. Recuerdo que estaban redactadas en forma de anotaciones encabezadas por la materia de la que trataban y estructuradas en párrafos, al final de los cuales incluía la referencia completa del autor y de la obra de donde la había extraído; de ahí que especule con la probabilidad de que estuviese preparando un compendio revisado de la historia de Guipúzcoa, o quizá retazos de su historia, sus costumbres, su geografía,... a la luz de los testimonios más dispares y extraños. Así pude ver una amplia nota que ocupaba tres páginas de letra menuda bajo el epígrafe siguiente: *Entrega de la Guipúzcoa a la Corona de Castilla y León*. Por cierto, había olvidado contarles que la letra de nuestro Matías era menuda, regular, clara y trazada con firmeza, denotando un espíritu ordenado y sistemático; sin embargo, en las últimas hojas, no recuerdo cuantas fueran, si diez o más, los signos se van haciendo línea a línea más irregulares, los astiles se elevan y doblan en demasía con trazo dubitativo y a veces discontinuo, sus características líneas impecablemente rectas y simétricas comienzan con buen tino, pero se van inclinando para terminar dos cajas de escritura más abajo, denotando en cada página una vida que se inclina y derrama bajo el peso de alguna enfermedad o puede que de algún poderoso veneno. Fuera como fuere, la última anotación está fechada en 1734, cuando contaba tan sólo 38 años de edad.

Volviendo a la temática de las anotaciones, ésta de la provincia la había extraído de la crónica de un tal Dufour, caballero bretón que acompañara a la legación de Alfonso VIII en su viaje por estas tierras. Asimismo recuerdo algunos pasajes entresacados de libros de viajes como el de Wu Tzu Hsu, embajador de la Ciudad Prohibida ante la emperatriz María Teresa de Austria, y otros cuyos nombres y circunstancias no anoté y ahora soy incapaz de evocar. Como había mucho donde elegir y muy poco tiempo, me limité a resumir una anotación

referida a nuestro pueblo, un epígrafe cuyo título me llamó la atención como sólo puede hacerlo para un historiador el hallazgo de su propia piedra Rosetta, la de alguna evidencia que aclare una zona oscura y fundamental para esclarecer tal cual suceso o pasaje de la historia.

El escrito se titula escuetamente *De los orígenes de Olereta y del Valle*, en referencia sin duda alguna al de Oyarzun. La referencia es una saga vikinga escrita por Gunnar Björnstradt en el año 997 de nuestra era e incluida en la recopilación de loachim von Dickenbach, obra anunciada en seis volúmenes de la que sólo llegó a salir el primero a la luz, con el título de *Florilegium barbarorum, prima pars*, en Aachen (Aquisgrán), 1579 en la imprenta de Ioannis Bertelsmanensius. La tirada, aun para la época, fue cortísima, de apenas setenta copias, pero no sé de ninguna biblioteca que lo posea. Únicamente he podido constatar su existencia en el *Index librorum omnium per classes et materias dispositus* de Ortiz de la Peña, quien dice haber tenido noticia de ella en la Biblioteca de la Señoría de Venecia.

Esta saga narra la historia de un jefe vikingo llamado Ogiärh Larsson, que saqueó y tomó la ciudad de Burdigalia (actual Burdeos) en el año 993 y permaneció en ella hasta su muerte once años más tarde aceptado y reconocido como *senior villae*, sin que rey ni noble alguno pusiese en entredicho su *auctoritas, pleno dominio, mero e mixto imperio* sobre el enclave y su término. Al decir de la crónica era temido de todos por la fiereza de sus tropas, de modo que en vez de combatirlos cuantos tenían intereses por los alrededores buscaban con favores su alianza y cuando menos su calma. Fue en los terceros idus de marzo del año de Nuestro Señor de 997, en los inicios de una primavera adelantada y pujante, cuando el señor de Burdeos recibió la visita de Sidi Banu Qasi emisario del rey de Zaragoza, Musa ibn Musa, para proponerle un pacto: si le ayudaba en la toma y destrucción de Iruña, además de su parte del botín le prometía 4.000 maravedís de oro y a su propia hija mayor en matrimonio* .

* Iruña en aquel tiempo era el vestigio de la romana Pompaelo, convertida ahora en capital del incipiente reino navarro, desde la que se canalizaban las hasta entonces anárquicas razzias de los vascones conocidas con el nombre de bagaudas en tiempos de Roma y de los visigodos. Poseemos evidencias y relatos de estos devastadores viajes que hacían nuestros antepasados cuando, acuciados por el hambre y la escasez de recursos de una economía primitiva pastoril y recolectora, se lanzaban hacia el rico valle del Ebro, ocupado por pueblos más avanzados y de economías diversificadas. Hubo veces que llegaron hasta Lérida, y siempre que las emprendían no dejaban títere con cabeza. Podemos considerarlas el precedente más claro de lo que posteriormente se conocerá como Reconquista, que en origen no dejó de ser el ataque de pastores en busca de pastos y de hordas hambrientas sobre la rica y civilizada Al Andalus.

Tras aceptar el pacto puso en marcha su máquina, una flota de doce *drakars* enfilaba proa hacia las deshabitadas costas cantábricas. Tras dos días de navegación se encontraron con una gran bahía entre amplios arenales y salpicada en marea alta por islotes de tierra**, a cuyos costados se detuvieron para hacer la aguada y pasar la noche. Al día siguiente la mitad de la flota se dispuso a remontar el río con la marea alta. Mientras que la otra mitad bajo el mando de su primogénito, el valeroso Lar Ogiärhsonn, continuaba la línea de costa a la búsqueda de un fiordo del que había tenido referencia por algunos viajeros. En efecto, tras breve navegación llegó antes del mediodía ante una estrecha embocadura flanqueada por dos poderosos farallones de roca que a través de un pequeño fiordo daba paso a una abrigada bahía. Dice la saga: *navegamos un poco más entrando en un bosque cerrado que asciende hacia la montaña de las rocas. Pronto dieron las quillas contra la arena del fondo. Lar el valeroso ordenó pie a tierra. Caminamos por la espesura arriba hasta un pequeño claro donde se encendió una gran hoguera, y haciendo las invocaciones a Thor el que todo lo puede, dijo que en adelante aquella tierra y valle habría de llamarse Ogiarhsonn, a lo que todos los hombres elevando al cielo sus espadas respondieron con un bramido unísono.*

En lugar de continuar su expedición optó por quedarse reconociendo el valle y con la firme determinación de quedarse en él. Viendo que no se cumplía con la misión encomendada, la mayoría de los hombres decidió abandonarle y continuar su camino, mientras que él y algunos incondicionales entraron en contacto con los habitantes del valle, pastores y recolectores que poco a poco se fueron acercando al campamento del valeroso Lar, con cuyos hombres hicieron vida en común. Cuenta la

saga que a finales de agosto, mermadas y derrotadas las tropas expedicionarias se retiraron de Iruña. Al año siguiente Ogiärh Larsonn organizó una expedición para castigar a su hijo por traición. El veintiuno de julio llegaron sus tropas al poblado que los traidores habían puesto en pie en un terreno elevado formando un cabo sobre la línea de costa, donde convivían con mujeres y hombres de la tierra, a los que enseñaban las técnicas de construcción de barcos y el arte de la navegación. El poblado fue pasado a sangre y fuego, matando y violando sin distinción de edades y sexos. Hecho esto y ante el terror de cuantos habían logrado huir al bosque, Ogiärh tomó la cabeza del cuerpo exangüe de su hijo, la cortó de un tajo certero y clavándola en el extremo del mandoble, la elevó por encima de cuantos le rodeaban lanzando estertóreo el grito de *orer!, orer!, orer!*, por tres veces, voz con la que los vikingos denominaban a los traidores***. Al parecer esta fue la causa por la que los habitantes del valle, ignorantes del verdadero significado de la palabra decidieron nombrar el lugar y poblado como Orereta, esto es los campos de *orer*.

Esto es cuanto recuerdo de lo que leí y lo poco que pude resumir en apenas un folio. Mientras espero recibir el microfilm completo del manuscrito vaya este homenaje a nuestro compatriota ilustre y hasta hoy desconocido Matías Ignacio Echeberria, que vivió entre 1696 y 1734 entre los infieles, y a cuya muerte se le reservó un lugar en el interior de la cúpula de la Gran Mezquita Azul de Estambul, entre los más preclaros y piadosos servidores del Turco, con una placa - la única que vi con caracteres latinos- y que dice así: *Hemen daude Ibrahim Matí el Cherif ibn al Yamahiri, Matías Ignacio Echeberriaren autsak. Alá akbar!, Alá bedi!, Alá nola!, Alá Madrid!*

** Por la descripción parece referirse a la bahía de Txingudi.

*** *Thesaurus of the vikings words and phrases*. Compiled by William Gibon. Oxford: Oxford University Press, 1822, 794 págs.